

Josefina Muriel

*Hospitales de la Nueva España.
Tomo I. Fundaciones del siglo XVI*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Cruz Roja Mexicana

1990

360 p.

(Serie Historia Novohispana, 12)

Cuadros, ilustraciones, mapas

ISBN Obra completa 968-36-1468-X

ISBN Tomo I 968-36-0963-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de febrero de 2015

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/hospitales/hne_t1.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

INTRODUCCIÓN

Para conocer las instituciones hospitalarias que tuvo México en aquellos tiempos en que se llamaba la Nueva España, es necesario penetrar en el espíritu que fue capaz de levantarlas, pues sin ello jamás las entenderemos. La memoria nos llevará entonces a otros horizontes, a otros siglos que tenían otros perfiles, a los tiempos en que apareció en el mundo una idea, que se convirtió en uno de esos valores trascendentales y ecuménicos que viven a través de la historia de la humanidad.

¿Cómo fue entendida la idea de la caridad, cómo fue vivida, qué modulaciones le fue dando el hombre al transcurrir de los siglos y en qué condiciones llegó a América para hacer surgir aquí, en la Nueva España, la gran obra de los hospitales?

Hace veinte siglos una voz viril y divina derramó sobre el mundo una nueva filosofía de la vida: “Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo”,¹ y el enfermo y el pobre y el desdichado, fueron conceptuados como los dignos de la bienaventuranza. El odio no debía tenerse ya ni al enemigo; la venganza, placer de los dioses, no fue ya digna ni de los hombres. El mandamiento era terminante y en él no cabían excepciones: “amaos los unos a los otros como yo os he amado”.² Así, a su paso los ciegos veían, los paráliticos andaban, los mudos pronunciaban el nombre de Dios, los sordos oían, los leprosos quedaban limpios y los discípulos, atónitos ante aquella conducta tan extraña en el mundo antiguo, exclamaban: “¡Él mismo ha cargado con nuestras dolencias y ha tomado sobre sí nuestras enfermedades!”.³

El Maestro predica una idea de hermandad, basada en la igualdad de los hombres ante Dios y vivificada por la idea del amor. Amor que ha de manifestarse en las obras. “Dad y se os dará, dad abundantemente y se os echará en el seno una buena medida apretada y bien colmada hasta que se derrame”.⁴ Y en el día del juicio final ocuparéis la derecha, “porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de be-

¹ San Mateo, xxv, 35, 36, 40.

² San Juan, xiii, 34-35.

³ San Mateo, viii, 17.

⁴ San Lucas, vi, 36-38.

ber, estuve desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitasteis"; porque "siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis".⁵

Y en medio de todas las filosofías, de todas las actividades humanas y a través de todos los tiempos, conocerán que sois mis discípulos "si os tenéis un tal amor unos a otros".⁶

Recogiendo esta doctrina, los discípulos la van a repetir, enseñándola a todo el mundo. El apóstol Santiago va a decir en sus *Epístolas Católicas* (Universales), que la religión pura es amor activo y concreto, como concretas son las necesidades del prójimo. Y que esa fe que el mundo empieza a tener, es cosa muerta si le faltan las obras.⁷

San Pablo, el apóstol de los gentiles, el que llevará las ideas cristianas al mundo greco-romano, va a exaltar aún más la caridad, poniéndola como reina de todas las virtudes que procedan de Dios y de toda la sabiduría que nazca del hombre: "Aunque hablara todas las lenguas de los hombres y los ángeles, aunque tuviera el don de la profecía, penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias, aunque tuviese toda la fe posible y me hubiese desprendido de todas las riquezas, no teniendo caridad soy nada y de nada me sirve".⁸

Pablo entiende en toda su profundidad, el sentido que tiene la identificación que Cristo hizo de sí mismo con el pobre, con el sediento, con el enfermo. Por eso explica que quien desprecia a un hermano, no desprecia a un hombre sino a Dios, y al hacer esto, eleva al miserable a una dignidad insospechada en el mundo antiguo, colocando al mismo tiempo, al que hacia los miserables se inclina, en una altura bien lejana a las decadencias nitcheanas.⁹

Todo el pensamiento paulino va impregnado de ese sentido del amor como parte medular del cristianismo: "la creación del mundo e historia del hombre es, según él, un solo gran movimiento de amor que procede del corazón de Dios y vuelve al corazón de Dios".¹⁰ El amor es entonces el fundamento de la filosofía vital del cristianismo y al mismo tiempo su actividad innata, porque para cumplir la ley, hay que amar al prójimo,¹¹ pero con un amor palpable, por decirlo así. "Sed —dice a los romanos—, caritativos para aliviar las necesidades", "amándoos recíprocamente con

⁵ San Mateo, XIX, 21.

⁶ San Juan, XIII, 34-35.

⁷ Santiago, *Epístolas Católicas*, 1ª, 27, 2ª, 14-26.

⁸ San Pablo, 1ª a los Corintios, XIII, 1-13.

⁹ José Holzner, *San Pablo, heraldo de Cristo*, traducción del padre José Monserrat, S.J., 2ª edición, Barcelona, Editorial Herder, 1946, p. 427.

¹⁰ Holzner, *op. cit.*, p. 427.

¹¹ San Pablo, *Epístola a los romanos*, XIII, 8.

ternura y caridad fraternal".¹² Así, la ayuda al prójimo no será una limosna que humilla porque ha sido arrancada a la avaricia, sino un don inefable "ofrecido por la caridad".¹³

Y aun para vencer el mal, el apóstol recomienda, además del bien, la fuerza de los beneficios. Este énfasis de la caridad, que rebosa el contenido y aun la forma misma de las cartas, llenas de ternura para con sus hermanos, nos muestra con evidencia, cómo San Pablo dio a la ética cristiana, la norma de la caridad, como principio vivificante,¹⁴ y nos ayuda a entender esa Europa cristiana de la cual él fue el cimiento más importante.

En los Evangelios hay cuatro ideas que dan sentido a la vida humana. Estas son las llamadas postrimerias: la muerte, el juicio, el infierno y la gloria. Al que ejerce la caridad le ofrece que después de la muerte, en el juicio final ocupará el lugar preeminente, la derecha. El reino que Cristo promete a los pobres, es un reino celestial; la justicia que ofrece a las víctimas de atropellos, a los violados en sus derechos, es la hartura de la justicia divina, y el consuelo a los que lloran, es la consolación de la gloria eterna. Al joven rico que quiere ser perfecto, le dice que deje todas sus riquezas, asegurándole que tendrá en cambio "un tesoro en el cielo";¹⁵ y San Pablo añade: "alegraos con la esperanza del premio".¹⁶

Aceptadas estas ideas como una verdad, la vida de Europa va a realizarse teniéndolas como horizonte, durante toda la Edad Media.

En los siglos subsecuentes a los tiempos apostólicos, la preocupación fundamental de los grandes escritores de la Iglesia, tiene un sentido especulativo: hay un interés en armonizar la filosofía clásica con el cristianismo, en lograr que los dogmas queden expresados en definiciones inalterables y en dar a la Iglesia una organización adecuada al cumplimiento de su finalidad.

Paralelo a este movimiento intelectual podríamos decir, empiezan a desarrollarse las primeras organizaciones de beneficencia. San Juan había hablado ya del hospedar peregrinos, como obra de caridad.¹⁷ San Pablo había expresado que los cristianos debían estar "prontos a ejercer la hospitalidad".¹⁸ Atender a los enfermos fue también una de las primeras actividades a los que convertidos se entregaron. En el canon de la misa se recuerdan los nombres de dos famosos médicos, San Cosme y San Damián,

¹² San Pablo, *Epístola a los romanos*, XII, 10-21.

¹³ Holzner, *op. cit.*, p. 222.

¹⁴ *Ibidem*, p. 317.

¹⁵ San Mateo, XIX, 21.

¹⁶ San Pablo, *op. cit.*, XII, 11.

¹⁷ San Juan, *Epístola*, III, 3-5.

¹⁸ San Pablo, *op. cit.*, XII, 13-21.

que ejercían su profesión por caridad. Se ayudaba en general a todos los necesitados, pero de manera muy especial a los obreros de las minas, cuya situación era una de las más dolorosas.¹⁹

La Iglesia oficialmente en estos tiempos (I al III) se ocupa más del dogma, las herejías y su organización interior. Realiza obras de caridad, pero de un modo particular, es decir, cada uno de sus miembros hace la que su fervor religioso le dicta.

No es sino hasta el siglo IV cuando empieza a desarrollarse la caridad con un sentido religioso-social. Se inició la costumbre de destinar una parte de los bienes de las iglesias al socorro de los pobres, especialmente a través de organizaciones benéficas que se iban creando.

Los particulares, por su parte, realizaban una labor cada vez más importante. Su esfuerzo levanta los refugios de pobres, orfanatorios, albergues de forasteros u hospitales. Famosos fueron en esos tiempos las organizaciones benéficas de Constantinopla y otras ciudades del cercano Oriente, las dirigidas por Fabiola y Paulino en Roma, las de Panmaquio en Porto y, sobre todas ellas, aquella Civitate nuova dirigida por San Basilio el Grande, en Cesárea de Capadocia.²⁰

Aparecen también, en aquellos tiempos, los benefactores o mecenas de las instituciones de caridad, individuos como por ejemplo Melania y su marido Piniano, que destinan su fortuna a ellas. Unos, como éstos, lo hacen en vida; otros, a su muerte.

Todos estos elementos que aparecen en las obras benéficas de los primeros siglos de la era cristiana, con un sentido sui generis y unas ideas tan nuevas en el pensamiento de la humanidad, pasado el periodo de las invasiones, surgen con las mismas características, aunque acentuadas por lo que llamaremos la mística de la Edad Media. Las obras de caridad cobran un auge extraordinario, que en línea ascendente va a desembocar en un siglo XV, que llega a titularse el siglo de los hospitales.²¹

El concepto moderno de lo que es un hospital es tan diferente al de aquellos tiempos, que se impone una reflexión. Muchas de las obras que en bien de los menesterosos se realizaban entonces, tenían la denominación común de "hospitales", pues en ellos la palabra y la institución misma tenían una enorme amplitud. El hospital era en general una casa donde se recibía a todos los necesitados. Por lo tanto, en unas ocasiones eran hospitales de pobres, en otras hospederías para peregrinos, bien orfelinatos o asilos para enfermos. Además, no eran una u otra cosa privativamente.

¹⁹ Bernardino Llorca, S.J., *Manual de Historia Eclesiástica*, México, Editorial Labor, 1946, p. 133.

²⁰ Llorca, *op. cit.*, p. 289.

²¹ Walter Palm Erwin, *Los hospitales antiguos de La Española*, Ciudad Trujillo, República Dominicana, 1950, p. 13-16.

sino que podían presentar varios aspectos o todos al mismo tiempo. En ocasiones, el proceso es al contrario; se denominan hospicios y son realmente hospitales.

La confusión se entiende si se piensa que no se trata de una época de especializaciones ni exclusividades y que la caridad lo que pretendía, era dar auxilio a todos los necesitados, ya fuesen éstos los pobres, los enfermos, los peregrinos que dejaban sus hogares para visitar los grandes santuarios de la cristiandad, o bien los pequeños huérfanos. Ideal era hospedarlos a todos, para que sus distintas necesidades fuesen satisfechas, pero de un modo primordial las necesidades espirituales. En un mundo en que la vida se hacía teniendo siempre ante los ojos la idea de la muerte, del juicio, del infierno y del cielo, nada podía tener mayor interés como dar a las gentes los medios para que murieran gozando de los auxilios de la religión y con la tranquilidad de quien cree en un feliz destino. Por eso la vida del hospital gira siempre en torno a una iglesia, a una catedral o a un convento.

Si penetramos a lo más profundo de las obras hospitalarias, propiamente tales, de la Edad Media, y las comparamos con las nuestras o con las que fueron naciendo ya en la Edad Moderna, veremos una diferencia fundamental, pues mientras el final de unas era conseguir la vida eterna, las otras persiguen la vida terrenal.

El hospital en aquellos tiempos es uno de los sitios en que se explaya lo más selecto del cristianismo de entonces. El mismo espíritu que levanta la catedral de Reims o la de Colonia o que hace jugar al sol en las vidrieras de Chartres, crea la obra hospitalaria. Por eso el hospital es una institución para pobres que no puede ser pensada jamás con el sentido de negocio.

Las grandes calamidades de la Edad Media

Consideraremos, para entender estas obras en toda la importancia social que tuvieron, algunas de las circunstancias que las hicieron surgir.

La peste fue uno de los grandes azotes del medioevo. Ciudades y naciones enteras se veían con frecuencia arrasadas por ella y su aparición producía verdadero pánico. La lucha contra ella revistió caracteres verdaderamente dramáticos. Ante un aviso o la sospecha de existir la peste en algún lugar, las ciudades vecinas cerraban sus puertas, se tendían verdaderos cordones sanitarios, los caminos y puentes quedaban controlados, los hospitales de las ciudades sanas no admitían a los apestados ni tampoco a los peregrinos que allí se solían albergar, por temor a que pudiesen ser portadores de la enfermedad.²² Cuando en una ciudad la peste había hecho

²² Doctor Cabanes, *Costumbres íntimas del pasado*, Madrid, Ediciones Mercurio, 1928. (Quinta Serie. *Las Plagas de la Humanidad*).

ya su aparición, en los hospitales existentes se abrían salas especiales para los apestados, acondicionaban hospitales provisionales o sencillamente se enviaba a los enfermos a barrancones situados en las afueras de la ciudad. Los que atendían a los apestados debían llevar trajes y signos distintivos, las casas de los enfermos debían señalarse. Surgen así el médico, el cirujano y la enfermera de apestados y hasta comadrona de apestadas. Se dictaban medidas higiénicas y se divulgaban los preservativos. Algunas de estas cosas resultaban acertadas, otras en cambio, eran completamente inútiles y hasta nocivas. Se acudía a la religión, pero también a la brujería, al fetichismo y a la astrología. Se llegaron a emplear medidas, que hoy llamaríamos de higiene mental, como lo fueron por ejemplo las órdenes de que en las calles se bailase, cantase, se tocase música alegre y que en las plazas hubiese representaciones teatrales. Todo esto con objeto de despertar un espíritu optimista que pudiera sobreponerse al pánico de la peste. Pensábase que manteniendo al pueblo en mejores condiciones, los organismos humanos no serían tan fáciles víctimas de la enfermedad. La reacción popular se nos presenta como una verdadera psicosis de la peste y adopta los caracteres más diversos; lo mismo se entregaba a la oración que al desenfreno. Dice un autor que en tales momentos hubo monjas que abandonaron sus conventos y se fueron a las casas malas, compelidas por un ansia de vivir, en tanto que las prostitutas se iban a cuidar a los enfermos a los hospitales tratando de salvarse de la condenación eterna por medio de sus nobles acciones.²³ Algunas personas, sintiéndose contagiadas, cavaron sus propias tumbas y se acostaron en ellas esperando allí la muerte, para evitar así el contagio a sus familias. Cuando se suponía que alguna persona era "sembradora de peste", o sea que intencionalmente y por maldad llevaba la enfermedad a algún sitio, era condenada por los tribunales a ser quemada viva, cuando no había sido ya linchada por el pueblo. De este crimen se acusó con frecuencia e injustamente a los judíos.²⁴

A los apestados no los tocaban ni los sacerdotes al administrarles los últimos sacramentos, pues para ello se valían de grandes varillas que les permitían poner los Santos Óleos y dar la comunión sin acercarse a los contagiados.

Una ciudad apestada presentaba un lúgubre aspecto. En las calles había hogueras con hierbas salutíferas para purificar el ambiente, los entierros se sucedían en fila interminable, mientras las campanas de todas las iglesias doblaban a muerto día y noche. Interrumpiendo los cortejos fúnebres pasaban las procesiones, en las que el pueblo pedía el fin de aquel mal, que consideraban castigo divino.

²³ Doctor Cabanes, *op. cit.*, cap. II.

²⁴ *Ibidem*, cap. I.

Abogados contra la peste invocados por los diferentes pueblos, fueron San Roque, San Prudencio, San Sebastián, San Eloy, San Nicolás Tolentino y Santa Rosalía; entre otros. Se invocaba muy especialmente a aquellos santos cuyas actividades en esta vida habían estado ligadas en algún modo con los enfermos, por ejemplo San Gregorio, que hizo cesar la peste en Roma llevando en procesión solemnisima a la Virgen de San Lucas, y siglos más tarde San Jerónimo Emiliani y San Carlos Borromeo, que sobre sus hombros cargaron los cadáveres de los apestados. En el misal de la Iglesia Católica existe todavía, como muestra de la lucha que en todos los terrenos se siguió, la "Misa contra la peste", establecida por el Papa Clemente IV (1265-68).

Otro de los azotes más tremendos que sufrió Europa en esa época, fue la lepra, enfermedad que nos revela con gran claridad el espíritu del mundo medievo. Tradicionalmente, en la historia de la humanidad los leprosos eran los individuos más despreciables y despreciados. Sus aspecto mismo produjo siempre una reacción repulsiva. El cristianismo suavizó esta actitud. No pudo evitar la reacción de la naturaleza humana, y aunque el hombre, salvo excepciones, siguió huyendo horrorizado de la lepra, sí consiguió elevar al leproso a su dignidad humana y aun transformar sus llagas en egregios títulos que lo elevaran por encima de los demás seres.

Alrededor del leproso se va creando, a través de la Edad Media, una mística en la que el poder de Dios, su amor, su justicia, los pecados del mundo y la idea de Cristo redentor, se entremezclan de tal modo, que el enfermo no puede ser despreciado, sino por el contrario, amado respetuosamente, pese a la reclusión que la salud pública le exigía. Ampliamente explicó San Gregorio Magno, en sus Homilías, esta actitud de la Iglesia frente a los enfermos de lepra, refiriéndose especialmente a San Julián el Hospitalero y San León IX. Por eso es que en aquellos siglos, a los leprosos se les llama: "las buenas gentes", "los enfermos de Dios" y a la lepra misma "don de Dios".²⁵

La Iglesia crea una liturgia especial para la separación que la sociedad hace del leproso, el solemne ceremonial titulado Separatio leprosorum, llenando ese instante doloroso y humillante, de un sentido sobrenatural tan profundo, que nos lleva a tocar la entraña misma del cristianismo. Hay en él un momento de hondo dramatismo que sólo es capaz de superar la luz espléndida de una esperanza sin dudas, y es aquel en el que el sacerdote, entrando con el leproso en la choza, fuera de la ciudad, a donde la sociedad lo había relegado, tomando con sus manos tierra, la vierte sobre la cabeza del enfermo diciendo: "Muere al mundo y renace en Dios".

²⁵ Conde de Montalembert, *La princesa de la Caridad, Santa Isabel de Hungría*, Buenos Aires, Editorial Poblet, 1947, p. 311-312.

La vida de los leprosos durante los siglos medievales, va a presentar a su alrededor la lucha constante entre la naturaleza humana que los repudia y el espíritu de Dios que se vuelca sobre ellos, en las obras más heroicas de la caridad. Por eso la acción en favor de estos enfermos, estará siempre ligada a los nombres de los grandes santos de la época.

Por higiene social, los leprosos debían vivir fuera de las ciudades. Generalmente habitaban en chozas de paja, en cuyas puertas había un cepo para recibir limosnas y un aviso que indicaba a los transeúntes la proximidad del enfermo. Se construyeron hospitales especiales para los leprosos y se crearon las leproserías en forma de verdaderos pueblos, donde el enfermo podía realizar una vida normal entre compañeros del mismo mal, e inclusive hacer vida marital si el cónyuge lo aceptaba.

A estas enfermedades que tan urgente atención reclamaban y las que llamaríamos normales de todo individuo, se añadieron la guerra continua entre los diversos estados europeos; las Cruzadas con todas sus consecuencias negativas, entre las cuales no es la menor el abandono de los campos de labor, el desplazamiento de miles y miles de hombres fuera de los lugares normales de su alojamiento. Sumemos a esto años de sequía; recordemos que, por ejemplo, en el siglo XI hubo más de cuarenta y ocho años de escasez, en los cuales la gente llegó al extremo de comer carne humana. En los siglos XII y XIII hubo también numerosos y largos periodos de hambre, muriendo por ello millares de personas.

Además de las movilizaciones militares ya mencionadas, existieron otras de carácter privado que cruzaba Europa en todas direcciones. Estas fueron las provocadas por los grandes santuarios de la cristiandad. Las peregrinaciones o romerías son uno de los movimientos más típicos de la Edad Media. Un profundo sentimiento religioso lleva a aquellos hombres a rendir veneración a los restos de los santos más célebres de la Iglesia, visitándolos en sus sepulcros. "Una trompeta sin sonido que todos oyen" convocaba a los hombres, como dice Claudel, hacia aquel hoyo que hizo la Cruz cuando fue plantada, hacia aquel lugar que es "el centro y el ombligo de la tierra": Jerusalén.²⁶

Y allá van los romeros, unos hacia Tierra Santa, otros a Roma, a Compostela, en España; a Canterbury, en Inglaterra; o a Dornerey, en Francia. Los vitrales de las viejas catedrales góticas, las esculturas de las iglesias, la literatura de la época son fieles testimonios de aquel movimiento religioso, en que tomaron parte todos los pueblos de Europa. Y allí van los romeros por centenares, llenos de fe y de esperanza y haciendo surgir a su paso nuevos caminos que llevarán su nombre: "ruta de los peregrinos",

²⁶ Paul Claudel, *La Anunciación*, traducción de Efraín González Luna, México, Editorial Jus, 1944, p. 65.

haciendo que tras ellos se levanten los hospitales. Hoy el turismo erige hoteles, entonces la fe levantaba las hospederías gratuitas u hospitales.

Uno de los más célebres santuarios de la Edad Media fue sin duda el de Santiago de Compostela en España. Hacia allá se dirigían los habitantes del Sacro Imperio, los que vivían en Italia, en el sur de Francia o en la Normandía. Un traje especial los distinguía: llevaban en la mano un báculo del que pendía el calabazo con agua para aliviar su sed. En los labios llevaban una canción que encerraba el sentido de su viaje. Recordemos aquella que los franceses peregrinos de Santiago cantaban:

Quand nous partîmes de France
 En grand défir,
 Nous avons quitté Pere et Mere,
 Triftes et marris;
 Au coeur avions fi grand defir
 D'aller a Saint Jacques,
 Avons quitté tous nos plaifirs
 Pour faire ce faint voyage:
 Nous prions la Vierge Marie,
 Son Fils *Jesús*,
 Qu'il lui plaife de nous donnee
 Sa fainte grace
 Qu'en Paradis nous puiffions voir...²⁷

Los hospitales

La guerra, el hambre, las enfermedades, la pobreza y el desamparo en las peregrinaciones, fueron elementos que se combinaron a través de la Edad Media y presionaron de manera constante y dolorosa el espíritu cristiano de Europa. Como respuesta a tanto dolor se realizó una labor de amplitud gigantesca. La obra hospitalaria preocupó a toda clase de personas, a la Iglesia de una manera oficial a través de su jerarquía y las órdenes monásticas; a los reyes, a los gobernadores de las provincias, a los representantes de los municipios o de los burgos, y a los particulares de todas las clases sociales, de tal modo que bien podríamos llamarla, obra de la cristiandad entera.

²⁷ "La gran canción de los Peregrinos de Santiago": *Cuando salimos de Francia / Fervientes de deseo / Abandonamos, tristes, padres, / madres y esposos. / Tan grande era el ansia de nuestros corazones / por ir a Santiago. / Hemos abandonado todos nuestros placeres / para hacer este santo viaje. / Rogamos a la Virgen María, / a Jesús, su hijo, / que les plazca darnos su santa gracia / para que entremos en el Paraíso.*

La Iglesia en este tiempo se arroga la obligación de atender a los pobres. Esta actitud la vemos reflejada en las disposiciones de las diversas diócesis, sobre destinar parte de los diezmos en beneficio de los pobres; en los sínodos, como por ejemplo el de Tours (año de 567), que se dedica muy especialmente a ello;²⁸ en concilios como el de Orleans (año de 549), en el que se ordena que cada obispo se ocupe de los leprosos de su diócesis,²⁹ cosa en la que insisten los concilios de Lyon (año de 584) y Rouen año de (1214). El de Aquisgrán hace una verdadera legislación para la construcción de hospitales, estudiando hasta el detalle los sitios en que deben erigirse.³⁰

Fue parte esencial en los monasterios lo que se llamaba el hospicio de pobres y peregrinos, que funcionaba anexo a ellos y era atendido por los monjes.³¹

En estos siglos de plena madurez cristiana, el tema fundamental de las reuniones eclesiásticas es el de las obras de caridad. Instituciones como la de los hospitales van quedando incluidas dentro de la vida oficial de la Iglesia. Sin embargo, insistimos en que los hospitales no son obras privativamente oficiales de ella. Así encontramos desde la baja Edad Media hospitales nacidos de una mística religiosa, pero fundados y atendidos por hombres y mujeres seculares. En realidad, es tal la compenetración de la Iglesia y el pueblo, que no es posible hacer una separación absoluta en sus obras. Por eso preferimos denominarlas obras de la cristiandad, abarcando en ello a todos.

Francia. Existían leproserías dependientes de los obispados, desde antes del siglo VII, y los burgos tenían cada uno la suya. Para los hijos de los leprosos, existían las maladrerías, algunas de ellas muy ricas, por los privilegios que habían ido acumulando y las donaciones de que eran objeto.

En el siglo VII ya estaba fundado el famoso Hôtel Dieu de París, obra del obispo de esa ciudad. Las descripciones contemporáneas de San Martín de Tours nos pintan una Francia con numerosos hospitales, y en la época de Carlo Magno (768-814) en todo el imperio se levantaron estas instituciones.³²

Entre todos los tipos de hospitales que se hicieron en Francia son seguramente los más importantes, en cuanto a número, los dedicados a leprosos, sobre todo desde el siglo VI, época en que se prohibió que dichos enfermos anduviesen entre los sanos. Algunos de los más famosos son: el

²⁸ Llorca, *op. cit.*, p. 289.

²⁹ Doctor Cabanes, *op. cit.*, cap. II.

³⁰ *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Madrid-Barcelona, Espasa Calpe, t. 28, p. 224-226.

³¹ Montalembert, *op. cit.*, p. 67.

³² AGL, Ives, *British Hospitals*, p. 10-12.

que se hallaba cerca de la abadía de San Claudio, cuya fundación se remontaba al año 460, el de Lyon hecho hacia 584; la Maladrería dependiente de la basílica de Verdún creada hacia 634. Santo Tomás atendió a los enfermos de la notable leprosería de Mont-aux malades. Magnífica fue la que el rey San Luis hizo construir, y no le iban muy a la zaga la de Saint Lazar y la de Saint Germain. Francia llegó a tener en la Edad Media mil quinientas dos leproserías, de las cuales ciento veintitrés habían fundado los reyes, doscientos cincuenta y dos los señores, quinientos tres los burgos y las restantes el clero.³³

No hay que pensar, sin embargo, que las leproserías eran siempre magníficos hospitales, pues, por el contrario, frecuentemente se reducían a grupos de chozas en las afueras de las ciudades. Las leproserías presentan dentro de los hospitales la variante de que no son exclusivamente para pobres. Hay en ellas gente rica que lleva a la leprosería su dinero, sus muebles y hasta sus criados. En algunas partes se crean leproserías de ricos, separadas de las leproserías de pobres.

Inglaterra. Cuando San Agustín llegó a Canterbury, el año 596, ya existían en Inglaterra las famosas *bed house* (casas de misericordia u hospederías de pobres), dentro de las cuales aparecieron las primeras enfermerías. Allí, como en el resto de Europa, las *bed house*, *almshouse* u hospitales, son casas lo mismo para enfermos que para desvalidos o peregrinos. No fue sino hasta el siglo XIV cuando empezó a hacerse una clara distinción entre el asilo de pobres y el hospital propiamente dicho.

A los sajones se debió la fundación (hacia 794) del famoso hospital de Sain Albans, que fue seguida de otras muchas. En 937 en York, Athelstan fundaba el hospital de Saint Peter. Éste en 1155 fue refundido en el de Saint Leonard's, siendo los dos unidos, uno de los más importantes hospitales de la Edad Media.

Con la llegada de los normandos, las fundaciones hospitalarias se intensificaron y sus edificios se levantaron a la par que los castillos y las catedrales. De esta época se conocen ochocientos hospitales y, dada la escasez de documentos, se supone la existencia de muchísimos más.³⁴

En 1123 el clérigo Rehere fundó, a consecuencia de una orden celestial, el de Saint Bartholomew's en los pantanos de Smithfield, Londres. Esta es una de las grandes obras medievales que aún perduran en nuestros días.

Anterior a 1173 fue la fundación de una enfermería que tuvo a su cargo el priorato normando de Saint Mary Overie. Pero la fama que alcanzó la figura de Thomas Becket al ser canonizado, hizo que se fuera asociando

³³ Doctor Cabanes, *op. cit.*, cap. II.

³⁴ Ives, *op. cit.*, p. 102.

su nombre con la enfermería hasta llamársele Hospital de Saint Thomas, pues en él se atendía especialmente a los enfermos que iban a Canterbury a visitar el Sepulcro del Santo.³⁵

Chaucer recuerda estas peregrinaciones en uno de sus poemas:

And specially from every shire's end
of England to Canterbury they wend
The holy blissful martyr for to seek
that them hath holpen when they mere sick.³⁶

Tras innumerables problemas, que van desde un incendio, cambio de sitio y reedificaciones, hasta la supresión en tiempos de Enrique VIII, el hospital subsiste hoy día, y guardando su tradición es atendido por frailes y monjas de San Agustín.³⁷

Otro de los más famosos hospitales londinenses fue el de Saint Mary, que subsistió hasta la disolución de los monasterios.

Existen aún los antiquísimos hospitales de Saint Cross en Winchester, que al igual que el de Saint Mary en Chichester, fueron en sus principios los típicos almhouse medievales. El primero de éstos guarda aún algunas características de aquellas construcciones.

Para atender a los leprosos se hicieron más de doscientos hospitales, de los cuales un buen número estaba dedicado a San Bartolomé, que era en Inglaterra el patrón de los leprosos. Una de las más famosas leproserías fue la de Rochester, fundada hacia 1100 y de la cual aún subsiste la capilla normanda.³⁸

Bélgica. Se distinguió sobre todo, por sus magníficos servicios hospitalarios, la ciudad de Brujas, que fue llamada "la ciudad de los hospitales". Entre los más famosos se cuentan el de Saint Jean, erigido hacia 1188³⁹ y que aún conserva su hermoso claustro gótico. El hospicio de la Poterie, que también subsiste actualmente, fue fundado en 1276 y debe su nombre a la Vierge de la Poterie, una de las antiguas imágenes que hay en la ciudad.

La reliquia de la Preciosa Sangre que posee Brujas, la obtuvo por el celo hospitalario de la condesa Sibylle de Anjou, quien habiendo acompa-

³⁵ Margaret A. Babington, *The Romance of the Canterbury Cathedral*, England, Im. Raphael Tuck and Sons Ltd., 1947.

³⁶ Geofre Chaucer, *The Canterbury Tales*: "... y especialmente desde los rincones más apartados de cada condado, van a visitar al santo y bienaventurado mártir que los socorrió cuando estaban enfermos".

³⁷ Ives, *op. cit.*, p. 10-12.

³⁸ *Ibidem*, p. 12.

³⁹ Charles Dessart, *Bruges*, p. 8.

ñado a su marido, el conde de Flandes, a la Cruzada de 1156, se quedó en el famoso hospital de San Juan de Jerusalén, cuidando a los leprosos por el resto de su vida. Acto que su hermano, el rey Balduino III de Jerusalén, recompensó dando al conde la famosa reliquia.⁴⁰

Los hospitales de Brujas tuvieron tanta importancia en la vida de la ciudad, que los grandes artistas no desdijeron el dejar en ellos sus obras. Así, "no se puede separar el hospital de Saint Jean, de Memling, porque las obras maestras de su pintura allí se conservan. Los claustros, la farmacia, las ventanas, los vitrales, siguen exhalando una atmósfera de lino perfumado, de recogimiento y de antigua caridad".⁴¹

Alemania. Tenía desde la baja Edad Media un movimiento hospitalario de gran importancia que se prolongó hasta la época de la Reforma. El concilio de Aquisgrán nos enseña con elocuencia la fuerza creadora de ese movimiento.

Entre las innumerables fundaciones de hospitales que hubo en Alemania, vamos a referirnos especialmente a las realizadas por la esposa del Landgrave de Turingia, Isabel de Hungría, porque en ellas se refleja con mayor claridad que en cualquiera otra fundación, el auténtico espíritu cristiano de las obras medievales.

Isabel se entrega a los pobres, con ese amor que lleva al amante a sentir como en carne propia los dolores del amado: acto que se sublima por la mística visión del pobre como imagen de Cristo. En la obra repugnante de la atención a los enfermos, busca su juventud el dominio de la carne, para conseguir mediante esto, entrar con mayor seguridad en el reino de los cielos.⁴² No hubo miseria a la que Isabel no se acercara. Los niños desvalidos, los hombres sin trabajo, las pobres mujeres encinta, todos eran escuchados y para todos había un socorro adecuado. Los hospitales existentes en sus dominios, los perfeccionó y a sus expensas levantó otros muchos. Su nombre está ligado primeramente a aquel hospital que fundó hacia 1222 en el camino hacia el Castillo de Wartburg. En la villa de Eisenach tuvo a su cargo el hospicio para mujeres, titulado del Espíritu Santo. (Algunos afirman que éste existía ya desde la primera Cruzada y que Isabel sólo lo reorganizó, otros dicen que fue fundación suya). En la dicha villa erigió (1226 o 1229) el hospicio de Santa Ana, para toda clase de pobres. Éste existía aún en el siglo pasado. Frente a la plaza de Briel, en Gotha, estableció hacia 1229 el hospital de Santa María Magdalena y en Marburgo el hospital que dedicó a aquel maestro de todas las virtu-

⁴⁰ Montalembert, *op. cit.*, p. 314-315.

⁴¹ Dessart, *op. cit.*, p. 46.

⁴² Montalembert, *op. cit.*, p. 304-305-316.

des, que años atrás en prueba de estimación le enviara su propio manto: San Francisco de Asís.⁴³

Ningún hospital se tituló Hospital de la Princesa, pero a ella se le dio el título de Princesa de la Caridad.

Una de las características de los fundadores de hospitales en aquellos tiempos es que ellos mismos participan en su obra, atendiendo personalmente a los enfermos. Isabel de Hungría vive en sus hospitales más que en su palacio. Ella tiende las camas; a los pobres, los cura, los carga, los baña, les da de comer, ejercitando todos estos oficios, de manera especial con aquellos enfermos a quienes el personal del hospital descuida, por la asquerosidad de sus enfermedades. De las chozas más miserables saca a las mujeres y las lleva al hospital para que allí den a luz. Pero entre todos los enfermos, los leprosos son los más queridos por ella. Lava sus llagas, los alimenta, los viste y cuando ya no tiene más que darles, les da sus propios vestidos y aun llega hasta cederles su cama.⁴⁴ Por ellos convierte su humilde morada de Marburgo en verdadero sanatorio, recibiendo allí a los enfermos que no podían ser admitidos en el hospital de San Francisco, como aquella jovencita desfigurada por la lepra a quien nadie se atrevía ni a mirar y aquel niño paralítico que padecía una hemorragia continua, que fue adoptado por ella y cuidado tiernamente hasta su muerte.⁴⁵

La obra de Isabel tuvo un arrastre extraordinario. A su ejemplo multitud de personas se dieron a la obra de servir a los pobres enfermos en los hospitales.

La mayoría de sus instituciones ya no existen. La furia protestante acabó con ellas, cosa inevitable, ya que Marburgo fue la meca del luteranismo y en el castillo de la propia Isabel, Lutero escribió su traducción de la Biblia. Allí existe hoy el famoso sillón del reformador, pero en lugar alguno encontraremos ni las cenizas de Isabel, porque éstas, en un arranque fanático, fueron arrojadas al viento.

Un campo de lirios y una fuente que vencen al tiempo y a los hombres, todavía la recuerdan: Elisabethenthal, Liliengrund...

En Alemania, como en el resto de Europa, las leproserías tuvieron un gran desarrollo.

Italia. En los diversos estados italianos hubo también durante toda la Edad Media numerosos hospitales, hospicios u hospederías. Fueron notables los que tuvieron a su cargo los Crucíferos, orden religiosa dedicada a los enfermos. El cuidado de los leprosos había tenido los mismos aspectos que

⁴³ *Ibidem*, p. 160-164, 303-305.

⁴⁴ Montalembert, *op. cit.*, p. 360.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 167-169, 320.

en los otros países, pero en el siglo XIII San Francisco supo despertar un especial amor hacia ellos.

Cerca de Asís estaba la leprosería de San Lázaro de Arce, de la leprosería de San Salvador era enfermero Morico, uno de los primeros discípulos del Santo, y la vieja leprosería de Santa Magdalena se encontraba a menos de un kilómetro de la Porciúncula. En estos sitios Francisco pasaba los días demostrando su amor a los enfermos. En los principios de su conversión fue a la de San Lázaro de Arce, a pedir perdón a los leprosos por haberlos despreciado anteriormente, y allí, venciendo toda humana repugnancia, los abrazó, los besó uno a uno y les prometió regresar con ellos.⁴⁶ Por esto, a los que deseaban ingresar a su orden, les advertía que en ella deberían dedicarse al cuidado de los lazaretos. Así, la ocupación favorita de los franciscanos en aquellos tiempos fue el cuidado de los "hermanos cristianos", título que daban a los leprosos.

De entre los hospitales de Italia el que mayor trascendencia tuvo fue el llamado Santo Spirito de Roma. Fue fundado por S. S. Inocencio III en 1201-1204, aprovechando el antiguo edificio del hospicio de los Sajones erigido en el siglo VIII. El Papa puso la institución a cargo de Guido de Montpellier, fundador de la orden hospitalaria del Espíritu Santo, que tenía su casa madre en Provenza.⁴⁷

Lo interesante de este hospital es que los diversos Papas van concediéndole una serie de preeminencias: jubileos, indulgencias, exenciones, etcétera, de las cuales los demás hospitales del mundo quieren participar. Así, a cambio de limosnas, sus privilegios se hacen extensivos, empezándose a establecer filiales suyas en toda Europa y más tarde en América.

El hospital del Santo Spirito se convierte así en el más importante de toda la cristiandad o sea en Archihospital. Esto se entiende si recordamos que el fin primordial de todos los hospitales, en aquellos tiempos, era prestar a los enfermos un auxilio espiritual y que los servidores de los hospitales deseaban también conquistar el cielo con sus trabajos. De aquí el enorme interés con que se procura que los fundadores, capellanes, médicos, sirvientes y enfermos gocen de aquellos privilegios espirituales que poseía el hospital romano. Los filiales que llegó a tener en Europa en la época de su apogeo se contaron por centenares. Así por ejemplo, en solo Alemania, tenía ciento cincuenta, y en España cien. Empero ese auge se vio interrumpido en Europa, por la aparición del protestantismo. Su desarrollo se realizó entonces en América: la Isla Española, Colombia, Perú y muy espe-

⁴⁶ Omer Englebert, *Vida de San Francisco de Asís*, Buenos Aires, Ediciones Desclee de Brower, 1949, p. 65, 79, 80, 110, 122 (Colección Thau Dedebeq).

⁴⁷ Palm Erwin, *op. cit.*, p. 13-16.

cialmente México.⁴⁸ En los edificios que lograron salvarse de la barbarie destructora de escudos, pueden verse aún sobre las portadas de las iglesias de los hospitales, los símbolos que indicaban esta filiación: la doble cruz y el Espíritu Santo. En la iglesia del hospital de Cuitzeo en Michoacán, aún existe el escudo.

La vida del hospital del Santo Espíritu estuvo estrechamente ligada al pontificado, y por tanto las vicisitudes de uno repercutieron en el otro. Ocorre el cautiverio de Avignon y el hospital decae; regresan los Papas a Roma y él vuelve a cobrar prestigio, llegando a su esplendor cuando Sixto IV (1471-1484) hermoseó la construcción, haciendo de ella, como dice E. W. Palm, un gran edificio que hizo juego en cuanto a su arquitectura con la Capilla Sixtina. No significando esto, desde luego, la vida pacífica del hospital, pues su vida continuó sufriendo las complicaciones de la política europea.

Finalizando la Edad Media, se levanta en Italia uno de los más importantes hospitales del mundo: el hospital Mayor de Milán, construido en 1457 por el eximio maestro de la arquitectura Filarete, a quien nos referiremos más adelante. Por el momento sólo consignaremos que así como unos hospitales influenciaron a otros por el sentido de sus obras, sus servicios, su organización, y otros establecieron relaciones espirituales con los demás por sus privilegios, el hospital Mayor de Milán ejerció enorme influencia arquitectónica sobre los hospitales de la Edad Moderna.

España. Desde los tiempos visigóticos empezaron a aparecer en España las instituciones hospitalarias, adquiriendo en el transcurso de los siglos más y más importancia, hasta llegar a los siglos xv y xvi, en que adquieren su máximo apogeo.

Las peregrinaciones al sepulcro del apóstol Santiago que ya hemos mencionado, hicieron nacer una serie de hospitales situados en la ruta de los peregrinos. Famosos entre éstos fueron el Domus Dei, levantando en Portomarín y existente ya en 1126; el de Santiago, ampliado por Gelmírez en 1129, y el de los ingleses en Cebrero, Galicia. Anteriores a éstos son las instituciones hospitalarias de Oviedo, realizadas por Alfonso el Casto hacia el año 802.

En los siglos xii y xiii, a la par que en el resto de Europa hay en España un fuerte movimiento hospitalario al que corresponde la aparición, entre otros, del hospital del Rey en Burgos, obra de Alfonso VIII, en el doceavo siglo; el de Santa Cruz de Barcelona, fundado por el canónigo Colón en 1229. Este hospital adquirió a principios del xv enorme impor-

⁴⁸ De Angelis, "L'Arcispedalle di Santo Spirito in Sassia e le sue Filiali nel Mondo", *Revista Ecclesia*, Roma, 1947, núm. 1, p. 6.

*tancia por haberse refundido en él todos los hospitales existentes en la ciudad, como lo eran los tres que tenía a su cargo el Cabildo de los canónigos, los dos que atendía la casa consistorial y el de la parroquia de Santa Eulalia del Campo.*⁴⁹

*El notable hospital de Valencia se funda en 1238. De finales del xiv es el de Santa Cruz de Toledo, obra del cardenal González de Mendoza que fue concluido por los reyes católicos.*⁵⁰

Ese piadoso afán de edificar hospitales al correr los siglos parece convertirse en una verdadera competencia entre la nobleza, los prelados y el rey. Cada uno de ellos procura hacer la más bella y la más grande institución. Así España va sembrándose de hospitales conforme avanza la reconquista. En el siglo xv y en el xvi, cuando en los demás países europeos la obra de los hospitales está ya en decadencia, en España existe un muy importante impulso hospitalario, debido a los Reyes Católicos. Así tenemos en Burgos el hospital de San Juan, obra de estos monarcas. A ellos se debe también el hospital Real de Santiago, hecho en especial para los peregrinos, monumento bellísimo realizado por el maestro Egeas en 1501.

*En Granada se hizo un gran hospital en 1511, y en Valencia otro en 1512. Existía el de los estudiantes en Salamanca, el de La Latina en Madrid y los hospitales sevillanos a cual más de importantes, el de Las Cinco Llagas u hospital de sangre, del barrio de la Macarena, mandado hacer por doña Catalina de Rivera en 1546 (edificio que tardó siglos en construirse); el de La Caridad fundado por el célebre y discutido Miguel de Maniara hacia finales del xvi.*⁵¹

En estos tiempos había aparecido ya en Granada, San Juan de Dios y su obra empezaba a manifestarse con sus fundaciones hospitalarias en dicha ciudad. Pronto se extendería por España y algún tiempo después por América.

No ha sido mi intento referirme a todos los hospitales de Europa, ni siquiera mencionar sus nombres, porque no es el objeto de este estudio: sólo he tratado de esbozar un panorama general, que nos permita comprender lo que fueron los hospitales realizados por un mundo estructurado sobre los fuertes pilares del dogma cristiano y movido por esa auténtica mística celestial, que tan claramente expresan las puntas de las catedrales góticas.

⁴⁹ M. Seguí, *España artística y monumental*, Barcelona, t. I y II.

⁵⁰ *Enciclopedia...*, op. cit., t. 28, p. 424-427.

⁵¹ Seguí, op. cit., t. I y II. *Enciclopedia...*, op. cit., t. 28, p. 424, 426.

Los fundadores de los hospitales

Realizando la obra hospitalaria aparecen personajes muy interesantes, unos son los patronos o fundadores (reyes, obispos, nobles, clérigos, pueblo) que, convencidos de que la caridad es la virtud esencial del cristiano, entregan sus bienes para la fundación y sostenimiento de los hospitales. En la mayoría de los casos, el fundador exige que los enfermos, peregrinos y pobres, le paguen los beneficios que reciben con sus oraciones, ordenando misas y responso por su ánima. En otros casos los fundadores no exigen nada y sólo realizan la obra movidos por inspiraciones sobrenaturales, como la de Rahere en Inglaterra. Algunos se mueven por un más fuerte sentimiento de caridad y llegan hasta entregar la vida a sus obras, como Isabel de Hungría en Alemania. Otros fundan hospitales en expiación de sus culpas, como Miguel de Maniara en Sevilla. En general, todos persiguen con sus obras el hacer méritos para la vida eterna, interés legítimo al que San Juan Crisóstomo llamará con la frase tan claramente descriptiva de "usura divina", razón por la que San Pablo, buen conocedor del corazón humano, había dicho: "animaos con el premio".

Cuidado de los hospitales. Estuvo en manos de muy diversas personas, había órdenes religiosas tanto de hombres como de mujeres dedicadas a ello exclusivamente, como los Crucíferos, los del Espíritu Santo, las Hermanas Grises y aquella otra orden religiosa, femenina también, que tenía a su cargo el hospital de San Juan Limosnero en Jerusalén. Otras órdenes había que, sin tener como fin principal el cuidado de hospitales, también lo hacían, como ya hemos visto.

Pero hay entre todas las organizaciones religiosas, unas que sintetizan el espíritu medioeval, éstas son las Órdenes Militares Hospitalarias.

Una de las más antiguas es la de los Caballeros hospitalarios de San Juan, que tuvo su origen en el hospital de San Juan de Jerusalén, fundado hacia 1050. Un monje benedictino llamado Gerardo cimentó de manera definitiva la institución, y poco después Raimundo de Puy dio a sus miembros una regla de vida. Bajo esta organización de sociedad que habían alcanzado, fueron extendiéndose por la ruta de los Cruzados, los puertos de Italia y Francia, dedicando su obra hospitalaria a los peregrinos que iban a Tierra Santa. Pero constatando la necesidad de tener una fuerza militar para la defensa de sus enfermos ante el ataque de los mahometanos, establecieron una rama de caballeros, con la cual la orden se fue transformando en militar. Aunque esta rama tomó mayor incremento y adquirió gran fama por el valor de sus caballeros, no por esto abandonó el cuidado de los enfermos.⁵²

⁵² Llorca, *op. cit.*, p. 400.

La Orden de los Caballeros Teutónicos apareció después de la caída de Jerusalén, hacia 1187, durante la tercera Cruzada. Su fundación se debió a un grupo de caballeros alemanes que establecieron una congregación para atender el hospital militar que habían establecido en Akon. Con el tiempo la Congregación se transformó en Orden Militar y sus miembros se dedicaron tanto a los hospitales como a la guerra.⁵³

En una época en la cual el leproso es el enfermo que más interés despierta, tenía que surgir una Orden de Caballería dedicada también a él. Esta fue la Orden de San Lázaro. Los caballeros que la formaban tenían como maestro a un leproso, costumbre que se perdió hacia 1565.⁵⁴

Nombres famosos. En la obra hospitalaria de la Edad Media han sido el de Luis IX de Francia, que fue llamado "rey de los reyes de la tierra", por su extraordinaria caridad. Visitaba constantemente a los leprosos, los consolaba, les daba de comer en la boca y aun besaba sus llagas.

Dedicados también a los que sufrían ese mal, pasaban parte de sus días los hijos de Hugo Capeto: Enrique II y Roberto I. En Inglaterra, Enrique III y Edmundo de Canterbury no les iban a la zaga. Clara de Asís, la discípula de Francisco, siguió los pasos de su maestro. Odilia de Alsacia, Judith de Polonia y Adelaida de Alemania entregaron sus vidas a los enfermos. El cardenal Carlos Borromeo fue el héroe de una de las grandes pestes que asolaron Europa, y en la de 1539 Jerónimo Emiliani, el veneciano, hacía cosa igual con sus compatriotas.

Una gran parte de los personajes que se dedicaron al servicio de los hospitales, fueron elevados por la Iglesia Católica a la categoría de Santos, cuyos beneficios el pueblo ligó con las diferentes enfermedades, escogiéndolos así por abogados contra ellas. Así veremos, más tarde, en la historia de los hospitales de México, cómo aparecen esos nombres y se mezclan en la vida de estas instituciones. En ocasiones son ellos titulares de los hospitales, dan nombre a las iglesias, en honor suyo se levantan retablos, que son joyas de nuestro arte colonial. La pintura, la escultura y aun la literatura encuentran en ellos su inspiración temática.

Del mundo medioeval al mundo moderno

En el mismo siglo xv, que, como hemos dicho, mereció ser llamado el siglo de los hospitales por el auge extraordinario que estas instituciones alcanzaron, empezó a aparecer un nuevo pensamiento que fue modificando

⁵³ *Ibidem*, p. 401-402.

⁵⁴ Cabanes, *op. cit.*, cap. II.

la idea de la vida y cambiando, como consecuencia, el sentido de las obras hospitalarias.

Desde el siglo XIV habían empezado a gestarse nuevas ideas que iban minando los cimientos del mundo medioeval, provocando hondas crisis, tras las cuales Europa adquirió una estructura distinta, comenzando a proyectar su vida sobre un nuevo horizonte. El cambio se operó iniciándose en las más altas esferas intelectuales y abarcando todos los aspectos de la vida. El armónico equilibrio entre la filosofía y la teología se rompe en tiempos de Juan Duns Scoto, empezando a convertir ésta hacia la mística, en tanto que la filosofía, impulsada por el escepticismo de Ockan, llegará, al correr los siglos, a descartar a Dios de sus especulaciones. Este racionalismo, que vemos naciente en el XIV, a la vez que va renunciando a Dios, vuelve sus ojos hacia el hombre y hacia la naturaleza. Pero no va a ocuparse del problema ontológico del mundo y del hombre con la profundidad con que lo había hecho la escolástica, va a dar un énfasis a las cuestiones de carácter axiológico, que son las que convertirán al hombre en el centro del mundo. La naturaleza tiene entonces que adquirir también una importancia extraordinaria. Aquel interés por la naturaleza que San Francisco de Asís había despertado, se empezó a lanzar por nuevos derroteros tras los cuales el pensamiento, desenvolviéndose a través de las centurias, rebasó la propia esfera y trascendió hasta imponer su carácter a las cosas. Así como pudo llegar a surgir un derecho natural, una ciencia natural, una moral natural y una religión natural. Cosas todas que competen a la naturaleza del hombre, pero que quedan totalmente fuera de la historia, de la gracia, del dogma y de la revelación.⁵⁵

Cuando tras varias generaciones este pensamiento se ha madurado y es ya el modo de pensar del hombre común, existe también ya la posibilidad de una caridad sin lo sobrenatural, es decir, natural, o sea que estamos ya frente al altruismo y la filantropía de la época moderna.

A esas bases añadamos una breve consideración de lo que fue el Renacimiento.

En la política la gran estructura medioeval va a disolverse por la lucha entre el Papado y el Imperio, la cual va a llevarnos a la concepción del estado moderno.

Hay una tremenda crisis moral y religiosa que van a sufrir desde los más altos dignatarios de la Iglesia hasta los más insignificantes legos, las monjas, los frailes, los reyes, los nobles y los plebeyos. Crisis de dos estilos de vida que tan elocuentemente nos pinta la lucha de Savonarola en Florencia. Crisis que padecen la Iglesia, el Estado y el Pueblo, y en la que se

⁵⁵ Julián Marías, "Historia de la Filosofía", *Revista de Occidente*, Madrid, Bárbara de Braganza, 1941.

destacan, fundamentalmente, confusión, ignorancia y sobre todo falta de firmeza en la fe. El cristianismo se commueve desde sus cimientos, porque el dogma está en juego. Se va a dudar de la inmortalidad del alma y se va a llegar hasta la negación del valor de las obras humanas para alcanzar la justificación ante Dios.⁵⁶

Todos estos cambios que ocurren en el pensamiento y en la vida de los pueblos de Europa, tuvieron consecuencias profundísimas en las instituciones hospitalarias que, como hemos visto, nacieron de la idea de la caridad y estaban estrechamente vinculadas a la idea de un más allá.

El espíritu que creó los hospitales había sufrido una verdadera mixtificación, hecho que empezó a traslucirse en sus servicios y que hizo surgir inmediatamente la crítica pública.

La aparición del protestantismo, divulgador de que el hombre se justifica por la "aplicación extrínseca de los méritos de Cristo, sin que las obras humanas sirvan para nada",⁵⁷ colocó al hombre al margen de todas las obras de caridad, en el sentido religioso y tradicional.

El segundo aspecto de la reforma protestante, que fue el combativo, tuvo también gran importancia en la decadencia hospitalaria, pues como la mayoría de los hospitales estaban unidos a los monasterios, atendidos por órdenes hospitalarias o bien vinculados a alguna organización religiosa, el ataque protestante los afectó directamente. Órdenes exclusivamente hospitalarias, como la del Espíritu Santo, en Francia, vieron sus casas arrasadas por los hugonotes, y en Inglaterra el estatuto lanzado por Cromwell en 1545, terminó la obra de la supresión de hospitales, que había iniciado Enrique VIII.

Los argumentos que Thomas Cromwell adujo para ordenar la clausura de los hospitales, son verdaderamente interesantes, porque nos pintan la situación de los hospitales cuando Europa había perdido ya aquella auténtica mística religiosa del medioevo. Dice el estatuto que los gobernadores y guardianes de los hospitales o la gran mayoría de ellos, no ejercían la debida autoridad ni gastaban las rentas públicas en limosnas de acuerdo con la fundación.⁵⁸ Esto no era exclusivo de Inglaterra, ocurría en la mayoría de los hospitales de Europa. A consecuencia de aquel afán de exhibir una brillante personalidad, de aquella ansia de placeres, de aquel interés por lo bello y lo agradable, traídos por el Renacimiento, había nacido un desprecio por el pobre, por el enfermo, por aquel cuya naturaleza presentaba un aspecto repugnante. En la obra de Cristóbal de Villalón Viaje a

⁵⁶ Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, Edición Iberia J. Gil, 1946.

⁵⁷ Llorca, *op. cit.*

⁵⁸ Ives, *op. cit.*, p. 14.

Turquía, se les llama "gente ruin" y en el diálogo que camino a Santiago de Compostela sostiene Voto de Dios y Mátalas callando, Juan declara: "el intento del hospital de Granada que hago, es por meter en él a todos éstos" pobres y "que no salgan de allí..."⁵⁹

Es tal la repugnancia que los pobres y enfermos producen, que se llega a pensar en los hospitales como cárceles propias para esas gentes y de las cuales jamás debieran salir. Hay que socorrer a los pobres, por ser cristianos, pero alejándolos de nuestra presencia. Darles de comer, cuidarlos; pero allí, en el hospital, para que no pongan en la vida una nota desagradable, para que no afeen el mundo. Se ayudará al pobre, pero no se compartirán sus dolores. El espíritu de caridad se esfuma. Las construcciones hospitalarias obedecen ya a otras razones, y por tanto otro aspecto tendrán. Sus edificios son grandes y lujosos, algunos tardan muchos años en construirse; para ellos se importan los más lujosos materiales "¡como si a los pobres les calmasen las dolencias los mármoles de Italia! Los autores de ellos ponen sus cimientos sobre la soberbia y la ambición".⁶⁰ Otros, los hechos aun con verdadero amor al prójimo, no conservaban al poco tiempo más que eso, la intención del fundador, pues no existía ya en el ambiente social ese auténtico sentimiento de caridad, y los administradores, como bien decía Cromwell, no utilizaban las limosnas y rentas en beneficio de los pobres, sino en el suyo propio. Los puestos administrativos de los hospitales se volvieron empleos codiciadísimos.

Respecto a las autoridades civiles, el espíritu de caridad fue substituido por un sentimiento de responsabilidad cívica. Así nacen, por ejemplo en Inglaterra, los hospitales reales.

En España la cuestión se presenta de modo diferente, en primer lugar porque el renacimiento español no fue una negación del pensamiento medievoal, sino su renovación. Por otra parte, frente a la corrupción religiosa, se inicia un movimiento que no va a modificar el dogma ni a crear nuevas religiones, sino a reformar las costumbres viciosas, a enderezar lo torcido y a hacer marchar con paso más firme que nunca la vida cristiana. Teólogos, filósofos, juristas, laboraron en las universidades en ese intento de renovación ortodoxa, mientras desde el trono cardenalicio fray Francisco Jiménez de Cisneros contenía con sus austeras disposiciones la relajación. Ignacio de Loyola y el Concilio de Trento completaron la obra.

El resultado fue la renovación del espíritu auténticamente cristiano. Renovación que fue posible gracias a ese carácter sui generis del renaci-

⁵⁹ Cristóbal de Villalón, *Viaje a Turquía*, edición y prólogo de Antonio G. Solalinde, Madrid-Barcelona, 1919, t. I, p. 20-24. (Colección Universal Espasa Calpe).

⁶⁰ Villalón, *op. cit.*, t. I, p. 20-24.

miento español que produjo teólogos como Suárez y Cano, mujeres como Teresa de Jesús, que sembró España de conventos y conmovió al pueblo con el fervor de su vida monástica. Hombres cuyas plumas escriben sus raptos de amor a Dios, como San Juan de la Cruz, o cuyo interés primordial es glosar no los nombres de Venus o Júpiter sino los de Cristo, como fray Luis de León.⁶¹ Personajes que, como el santo granadino, frente a un mundo que exaltaba orgulloso la propia personalidad, se hicieron pasar por locos para conseguir ser humillados y despreciados por la sociedad, entregándose después al servicio de aquellos seres inferiores que eran los enfermos

No queremos afirmar con esto que la vida de los hospitales españoles estuviese impregnada de aquella mística hospitalaria del medioevo, ni menos aún refiriéndonos a los hospitales reales, que tan numerosos eran en ese tiempo. La picaresca española nos pinta con elocuencia el desorden de la mayoría de aquellos hospitales que se habían convertido en guaridas de pillos. Lo que queremos hacer notar es que al lado del relajamiento hubo en los hospitales, como en todos los aspectos de la vida, una reacción depuradora. Para demostrarlo basta considerar el grandioso movimiento hospitalario iniciado por San Juan de Dios en Granada. Gracias a esto, al descubrirse América, España está en la posibilidad de extender a ella la obra por excelencia de la cristiandad, la obra hospitalaria.

Existe una segunda actitud nacida del pensamiento racionalista de uno de los más notables humanistas ingleses, Tomás Moro.

Para Tomás Moro, la obra hospitalaria no es ni caridad, ni altruismo, sino simplemente un elemento indispensable en la vida de una ciudad, cuya organización se basa en la más rígida justicia social. Dentro de ese sistema, es una institución que tiene tanta importancia, como valor tienen las vidas de sus ciudadanos. Goza por esto de primacía sobre todas las demás instituciones, es una pequeña ciudad privilegiada, donde los enfermos reciben los más dulces y eficientes cuidados y a donde se acude voluntariamente, prefiriéndola aun a la propia casa.⁶²

El hospital de Tomás Moro no es ya una institución para pobres que nace de un espíritu de caridad, es sencillamente una institución para enfermos, que crea el sentido social de una nación bien organizada.

Estas dos ideas, la tradicional y la moderna, van a pasar a México al realizarse la conquista y van a hacer florecer una obra hospitalaria de caracteres propios, en las zonas rurales con población indígena.

⁶¹ Audrey F. G. Bell, *El renacimiento español*, España, Editorial Ebro S. I., Zaragoza, 1944.

⁶² Thomas Moro, *Utopía*, p. 108-109.

